

CON BAUDELAIRE, CON RIMA  
Y CON OLFATO

José Francisco CONDE ORTEGA



*Dios, que me ve que sin mujer no  
atino en lo pequeño ni en lo grande,  
díome de ángel guardián un ángel  
femenino.*

Ramón LÓPEZ VELARDE

1. Una definición más entrañable de filosofía pudiera ser: la sabiduría del amor. Una sabiduría convertida en palabras por los poetas. Posiblemente no le hubiera disgustado a Platón pese a haber expulsado a los poetas de su República. No lo sé. Pero sí sé que a través de los siglos, en Occidente, el poeta ha buscado en la práctica del amor hacerse sabio. Los desencuentros del amante y de la amada son parte del aciago camino en la búsqueda del camino final.

Cada época ha señalado la idea del amor que tiene el poeta de la amada. Desde la mujer sin inteligencia pero con dos almas de Aristóteles hasta la mujer real y tangible de los poetas de nuestro siglo, pasando por la concepción del ángel o demonio que cantaron los trovadores e idealizaron los románticos. En todas las etapas de la historia ha habido una Helena y una Lesbia; una Beatriz y una Santa Teresa; una Margarita y una Güera Rodríguez.

En la poesía contemporánea, a partir de Baudelaire, la mujer adquiere una realidad distinta: el cuerpo de la amada puede ser hermoso pero es transitorio; envejece y está lleno de debilidades. Sin embargo, estas debilidades son inherentes a la

especie humana y no privativas de la mujer. Re-cuérdese el concepto medieval, avalado por la reli-gión, del cuerpo de la mujer como fuente de peca-do. El "nuevo estremecimiento" en la poesía que anuncia el autor de *Las flores del mal* mucho tiene que ver con la idea de un amor que ha considerado otras posibilidades para reconocerse y reconocer a la amada, para realmente amarla. Solamente se ama aquello que se conoce, parece decir Baudelai-re. Y Ramón López Velarde parece estar de acuer-do. "El vampiro" del poeta francés es el gran poema de amor del que surge nuestra poesía contemporánea; y el poeta de "La suave patria" parece ser de los primeros poetas mexicanos que se inician en esta nueva sabiduría del amor total: el sexo y el ideal; el desenfreno y la espera; la amada concreta y la amada en todas las mujeres.

2. Poeta de un espíritu complejo, Ramón Ló-peze Velarde ha escrito una de las obras poéticas más arduas y más bellas. Sólo que no siempre se le ha entendido cabalmente; la provincia y la cer-canía del modernismo han conspirado para obscu-recer la comprensión de sus afanes poéticos. Por un lado, las alusiones a la provincia y "La suave patria" han colaborado para que gran parte de la crítica de su tiempo lo erigiera como representante de un provincianismo más o menos folklórico; y por otro, los manuales de literatura han evadido el análisis de la obra con la etiqueta de "postmo-dernista".

López Velarde es un espíritu infinitamente más complejo. La circunstancia de su tiempo, su educación literaria y su espacio geográfico dan cauce a una poesía templada en la angustia y en la contradicción: saberse dividido y aceptar las oposiciones de su espíritu dan como resultado un lenguaje excesivamente riguroso y un ritmo poético que rechaza y atrae a un tiempo. Ramón López Velarde articula una estética de la novedad y castiga al lenguaje para que logre expresar una realidad humana que busca acrisolarse en la autenticidad y en la experiencia amorosa. En una de sus prosas afirmó que no creía en una poesía que no naciera de la combustión toda de sus huesos; y también afirmó:

En mi vida feliz no hubo cosa  
de cristal, terracota o madera,  
que, abrazada por mí, no tuviera  
movimientos humanos de esposa.

3. Uno de los senderos más luminosos por los que transita la poesía del autor de *La sangre devota* es la del amor sexual. Y como ninguna realidad humana es enteramente plana —Gide decía que “la única manera de creer en los sentimientos simples es la manera simple de considerar los sentimientos”—, la lucha con la idea del pecado, la lujuria tocando a rebato y la continencia, el casto amor se encuentran en imágenes pobladas de alusiones religiosas: el mundo cristiano y el Islam:

Cristo y Mahoma. Alusiones perfectamente delimitadas por su condición de católico occidental. Y así dice el poeta:

Ligia, la mártir de pestaña enhiesta  
Me asfixia en una dualidad funesta,  
y de Zoraida la grupa bisiesta.

En donde la primera acepción del adjetivo “funesta” es aciaga; es decir, la dualidad en una lucha llena de penurias en la que no sabe si va a triunfar la hermosa mirada de la que puede morir por el testimonio de su fe de amor, o vencerá la imagen sensual de las nalgas de Zoraida. Lucha del propio espíritu porque físicamente coexisten —o pueden coexistir— ambas realidades; pero entonces no habría complejidad sino una cómoda solución; y el asunto es decidir en qué espacio femenino habrá mayor posibilidad de sabiduría.

Quizás la solución no exista. Es posible que la sabiduría —o algo parecido— se dé precisamente en esa oposición; y ésa es la angustia de no poder decidir hacia qué rumbo el poeta debe encaminar su total potencia amorosa, su “talento”:

Afluye la parábola y flamea  
v gasto mis talentos en la lucha  
de la Arabia feliz con Galilea.

Y qué tal si ganara Ligia. Tal vez entonces el poeta tuviera que decir: “Cobardemente clamo,



desde el centro de mis intensidades corrosivas". Porque bien se puede obtener el paraíso siguiendo a la casta Beatriz-Fuensanta, pero gran parte de la condición humana es carne; y el poeta parece no aspirar al mundo supraceleste cuando dice:

O si atávicamente soy árabe sin cuitas  
que siempre está de vuelta de la cruel continencia  
del desierto, y que en medio de un júbilo de huríes  
las halla a todas bellas y a todas favoritas.

En todo caso, aunque la lucha es continuada, es posible que existan períodos de alternancia, por lo que el poeta de *Zozobra* puede decir: "Funjo interinamente de árabe sin hurí". Y la conciencia de su complejidad la resume, en *La sangre devota*, de esta manera:

Me revelas la síntesis de mi propio zodíaco:  
el León y la Virgen

Cuando finalmente el poeta parece haberse decidido por la carne, la vida parece resuelta; y se puede ser feliz, si se entiende que la felicidad es sólo un estado de ánimo y por lo tanto efímera. O por lo menos existe un sentimiento de plenitud:

La vida mágica se vive entera  
en la mano viril que gesticula  
al evocar el seno o la cadera...

Y qué bella necesidad de mujer real, tangible; de cuerpo femenino que es capaz de volver mágica la vida. El autor de *El son del corazón* se pregunta: "¿Será este afán perenne franciscano o polígamo?". Y aquí una doble trampa: franciscano puede ser un adjetivo que aluda a la humildad del santo de Asís, pero bien puede ser la alusión a la etimología de Francisco: que es libre. De cualquier modo, si se atiende a lo primero, puede ser que el poeta acepta humildemente su condición contradictoria; y si optamos por lo segundo, el poeta encara libremente su destino. No obstante siempre se escapará una lágrima al percatarse

del desencanto profesional  
con que saltan del lecho  
las cortesanas.

Y el desencanto puede ser compartido.

4. En *La sangre devota* López Velarde afirma su declaración de principios:

Entonces era yo seminarista  
sin Baudelaire, sin rima y sin olfato.

Esta declaración de principios tiene mucho que ver, en mi opinión, con una edad cronológica. Cuando se es niño aún no se manifiestan las contradicciones del espíritu. Es en la adolescencia cuando las lecturas y las primeras experiencias y



sensaciones indican una dirección vital y, algunas veces, estética. Afirma Villaurrutia que tal vez la lectura de Baudelaire llevó al poeta jerezano a comprender las complejidades de su propio espíritu. Seguramente es cierto. Y cierto también que el autor de *El minuterero* fue capaz de sentir ese "estremecimiento" del que hablaba Víctor Hugo al leer *Las flores del mal*. Entonces no tuvo más remedio López Velarde que hacer caso a sus demonios interiores.

El olfato puede ser el más refinado y el más sensual de los sentidos, como afirma José Gorostiza, pero también es el más primitivo: por medio del olor el macho reconoce a la hembra y es reconocido. Y esto tiene que ver con una poesía plena de sexualidad como es la de López Velarde. El poeta, adolescente, siente "calosfríos ignotos" cuando mira a su prima Águeda; y aun cuando el poema es primordialmente visual, el armario añoso, la oscuridad del refectorio y las frutas sobre la mesa sugieren un reconocimiento por todos los sentidos: es el adolescente que conoce de cerca el deseo. Aunque no hay que olvidar otra interpretación que da la crítica al olfato: se refiere al uso mexicano y se habla de malicia. En todo caso sería una interpretación complementaria. ¿No en otro poema López Velarde se lamenta de no poder remontar el río de los años para volver a ser "la frente bárbara del niño"?

López Velarde llega al conocimiento de su complejidad espiritual, de su poesía y de su sexuali-

dad. Es en este marco en el que se da una de las más entrañables tentativas para llegar, si no a la sabiduría del amor, sí cuando menos a una práctica honesta e integral, en la que el conocimiento del ser amado es condición indispensable para el acercamiento. Quizás se debe amar lo que está cerca, lo que se puede conseguir. Y el amor en este sentido no es eterno; la amada y el amante son transitorios, la belleza es efímera. López Velarde sabe, como Baudelaire lo supo, que:

Porque la tierra traga todo pulcro amuleto  
y tus dientes de ídolo han de quedarse mondos  
en la mueca erizada del hostil esqueleto.

“Ese pulcro y nimio litoral por donde acompañadas navegan las sonrisas” algún día será sólo una mueca. Esta certidumbre es lo que hace al poeta buscar el amor aquí y ahora; en “el minuto cobarde” en el que ocurren todos los milagros. Quizás ésta sea una de las vertientes de la sabiduría del amor.

Ramón López Velarde da su visión angustiada y arduamente en una poesía en que el erotismo y la sensualidad se concertan para decir, con Georges Bataille, que “el erotismo es la afirmación de la vida hasta en la muerte”.